

EL EXPOLIO ARTÍSTICO DE SEVILLA DURANTE LA INVASIÓN FRANCESA

Por *ENRIQUE VALDIVIESO*

El despojo de obras de arte, especialmente pictóricas que Sevilla sufrió en 1810, por parte de los invasores franceses es un hecho que tiene muy pocos parangones históricos y por ello puede señalarse como casi único, antes y después de esa fecha. Es por lo tanto uno de los ejemplos de expolio artístico más lamentables que se ha producido a lo largo de los siglos y que vino a privar a esta ciudad de gran parte del espléndido repertorio de pinturas que había en iglesias y conventos. A estas instituciones religiosas se les privó de sus más importantes señas de identidad, y se les arrebató no sólo piezas de altísimo valor artístico y económico si no también el mensaje espiritual que emitían en sus lugares de orígenes.

Como ejemplo más determinante proponemos el saqueo de la iglesia del Hospital de la Santa Caridad cuyo programa iconográfico se dismanteló por completo eliminando las intenciones de don Miguel Mañara que venían a señalar que, para obtener la salvación eterna, los hermanos de esta institución habían de practicar las obras de misericordia. Cuatro de las representaciones alegóricas que simbolizaban los actos de vestir al desnudo, dar posada al peregrino, redimir al cautivo y asistir a los enfermos fueron sustraídos por el Mariscal Soult para integrarse en su propia colección exhibida en su domicilio de París. Después de la muerte de Soult, sus herederos en 1852 vendieron las pinturas y hoy se encuentran repartidas en distintos museos del Mundo.

Estas obras en los museos en los que actualmente se encuentran son admiradas como magníficas creaciones de Murillo pero al estar distantes de su lugar de origen y separadas unas de otras han perdido todo su significado y su mensaje se ha desvanecido.

Ante este bárbaro despojo la Santa Caridad ha reaccionado en el presente mandando realizar copias de los cuadros robados para de esta manera recuperar el mensaje original de la iglesia y restablecer así su primigenio sentido.

Esta protesta por la sustracción realizada en su día por los franceses viene a estar justificada en unos tiempos en que los pueblos y ciudades buscan con entusiasmo los signos de identidad que tuvieron en el pasado. A Sevilla con el patrimonio artístico más abundante y selecto de España se le arrebató un preciado tesoro de centenares de pinturas que colocadas en su lugar de origen tenían una relación física y espiritual con los sentimientos, emociones, recuerdos y vivencias de sus ciudadanos.

El intolerable expolio artístico de Sevilla fue llevado a cabo por una nación que, en 1808 cuando invadió España, se decía amiga de nuestro país y que con pretextos engañosos nos ocupó engendrando una cruenta guerra que duró cuatro años y que terminó con una retirada en la que los franceses no se marcharon con las manos vacías si no que, especialmente de Madrid y Sevilla, se llevaron un copioso tesoro artístico.

Aquellos engreídos ejércitos que aparentemente traían un orden nuevo, político, social y religioso, se habían confrontado con un pueblo poseído de más primitivos pero más nobles ideales. Nada de sus ideas dejaron aquí y, por el contrario, confiscaron parte de nuestro patrimonio artístico comportándose como vulgares depredadores de un país rico en arte y espíritu.

El comportamiento del ejército francés debe de ser censurado con rigor y debe de permanecer siempre en la mente de todo español como algo ilegítimo y deshonesto.

En principio hay que pensar que las tropas que entraron en Sevilla al mando del Mariscal Soult venían ya preparadas para efectuar el despojo artístico dado que un año antes el nefasto ministro de José Bonaparte, el afrancesado Mariano Luís de Urquijo había convencido al monarca de formar un Museo Real de-

dicado al gran Napoleón donde se recogieran las mejores pinturas que había en España. Lo que podría haberse considerado como una intención desafortunada e injusta terminó siendo la consagración de un latrocinio dado que los franceses al entrar en Sevilla no respetaron las normas de la capitulación efectuada entre la ciudad y el ejército invasor. Cuando una urbe capitula, ni presenta batalla ni se rinde y por lo tanto habría que respetar la vida, la hacienda y el patrimonio de los sevillanos y de sus instituciones y civiles y religiosas. Toda esta rigurosa normativa de obligado cumplimiento para los invasores fue burlada por completo puesto que las tropas a parte de exigir que se les rindiese pleitesía, amedrentaban al vecindario, allanaban moradas y ocupando iglesias y conventos como cuarteles y caballerizas. Así se deterioraron y destruyeron bellas y antiguas parroquias como la de Santa Cruz.

Y como colofón el ilustre Mariscal Soult, Dugue de Dalmacia, realizó un intolerable saqueo artístico en conventos, parroquias, monasterios y hermandades.

Edificios de singular belleza vieron mutilado su patrimonio al arrebatarles sus pinturas entre las que sintieron una especial preferencia por las que eran obras de Murillo seguidas después por pinturas de Zurbarán, Herrera el Viejo, Roelas o Pacheco.

Así, edificios como Santa María la Blanca, la Santa Caridad, San Francisco, San Buenaventura, Santa Isabel, Santa María de Gracia o la Catedral fueron obligados por fuerza a entregar lo mejor de sus conjuntos pictóricos a los franceses. Sólo un convento, el de los Capuchinos, conocedor de antemano de las intenciones depredadoras de Soult, desmontó los lienzos de Murillo que había en el Retablo Mayor de la iglesia y en las capillas laterales, trasladándoles a Cádiz donde, con el mayor sigilo, se ocultaron en casas particulares, hasta que al final de la guerra regresaron a Sevilla. Esta es la causa de que actualmente en el Museo de Bellas Artes Sevillano se encuentre recogida la importante colección de obras de Murillo que fue patrimonio de los capuchinos. De no haber tenido la lúcida idea de ocultar su tesoro pictórico ante los franceses, este conjunto estaría hoy en el Museo del Louvre de París o repartido en distintas colecciones del Mundo.

La pretendida y frustrada idea de formar un Museo Napoleónico con obras pictóricas motivó por lo tanto la sustracción en Sevilla de todo tipo de pinturas que tuviesen un mediano valor. El lugar donde se recogieron estas obras fue el Real Alcázar de Sevilla donde su gobernador Eusebio Herrera, mariscal de campo del ejército francés, español que había reconocido al rey intruso, se comportó lamentablemente como cómplice del despojo artístico. Y allí al Alcázar, como evidencia el inventario publicado por Gómez Imáz, se llevaron 999 pinturas, casi mil que fueron ordenadas y clasificadas con la intención de efectuar con ellas una minuciosa selección que permitiese escoger las mejores para integrarlas en el museo de Napoleón. De ellas las de superior calidad, unas 150, salieron en 1812 con destino a Francia donde arribaron a París, mientras que una pequeña parte se quedó en Madrid siempre a disposición del imperio francés quien no tuvo inconveniente en que Soult y otros generales y funcionarios fueran recompensados con un amplio lote de obras de pinturas que ellos mismos escogieron. En el caso de Soult, a su muerte, su amplia colección procedente de Sevilla fue vendida en parte mientras que otras obras pasaron al Museo del Louvre.

No se quedó callado el gobierno español después de la Guerra de Independencia ante este despojo y pronto se emprendieron gestiones para que al menos alguna pintura importante se devolviese, especialmente entre las realizadas por Murillo. Así se consiguió que parte de las pinturas de Santa María la Blanca volviesen a España aunque nunca regresaron a Sevilla ya que se quedaron en el Museo del Prado y lo mismo ocurrió con la Inmaculada de los Venerables que no fue devuelta al lugar donde había sido robada si no que se integró en la pinacoteca madrileña. Es de señalar que Francia no devolvió gratuitamente esta Inmaculada de Murillo si no a cambio del Retrato de una infanta de Velázquez que el Prado tuvo que entregar al Louvre.

Otras pinturas procedentes del saqueo sevillano fueron sacadas de la ciudad y se quedaron en Madrid a disposición de los franceses ingresando algunas en la Real Academia de San Fernando donde se incorporaron a su museo. Entre estas obras había un importante lote realizado por Murillo entre ellas la Santa Isabel de Hungría que después de la Guerra de Independencia fue

reclamada insistentemente para que se devolviese a su iglesia, circunstancia que no se produjo hasta 1943.

Larga es por lo tanto la nómina de pinturas de primera categoría que Sevilla perdió durante la invasión francesa de las cuales enumeraremos aquí tan sólo aquí las más importantes como El Descendimiento de Pedro de Campaña, que procedente del Monasterio de Santa María de Gracia se llevó a París el afrancesado José María Aguado, Marqués de las Marismas. También las dos mejores obras que Pacheco pintó en su vida fueron sacadas de la ciudad como el Cristo servido por los ángeles que pertenecía al refectorio del convento de monjas de San Clemente y el Juicio Final procedente de la iglesia del Convento de Santa Isabel ambas pinturas se conservan actualmente en el Museo de Castres en Francia. De Juan de Roelas se llevaron la espléndida Inmaculada con el retrato de Fernando de Mata que ha terminado formado parte de la Gemaldegalerie de Berlín y de Herrera el Viejo y Zurbarán se apropiaron de la serie de pinturas que decoraban la nave principal del Convento de San Buenaventura dispersa actualmente en distintos museos extranjeros. También el espléndido conjunto pictórico de Alonso Cano dispuesto en el retablo de San Juan Evangelista en la iglesia del Convento de Santa Paula fue indignamente saqueado por Soult quien se lo quedó en propiedad dispersándose posteriormente las obras por distintos museos del Mundo.

Pero fue Murillo el objetivo primordial del expolio de Soult y así salieron de Sevilla las primeras obras de la producción de este artista que era la serie de diez lienzos que decoraba el Claustro Chico del Convento de San Francisco y que hoy está repartida por distintas pinacotecas. También Soult obligó a los canónigos de la Catedral de Sevilla a que le entregasen la magnífica representación del Nacimiento de la Virgen que hoy figura en el Museo del Louvre. Después expolió las cuatro espléndidas pinturas, todas de Murillo, que decoraban el interior de la iglesia de Santa María la Blanca y tuvo especial empeño en sustraer La Inmaculada que figuraba en un altar de la iglesia del Hospital de los Venerables que es sin duda la obra más bella que con este tema realizó este artista. Pero la mayor complacencia que pudo sentir la rapacidad del ilustre Mariscal Soult fue llevarse cuatro

hermosas pinturas de Murillo que decoraban la iglesia del Hospital de la Santa Caridad y que pasaron a decorar su lujosa mansión parisina.

Como reflexiones finales a esta dolorosa evocación del despojo artístico sevillano acometido por los franceses he de señalar mi más enérgico rechazo ante la actitud que todavía mantienen en nuestros días algunos historiadores del arte extranjeros. En efecto algunos hispanistas señalan que los españoles debemos de estar muy orgullosos y satisfechos del saqueo puesto que por esta causa de esa manera pudo difundirse a escala uníversal la grandeza y la importancia de la pintura hispana ya que como consecuencia del expolio los pintores españoles alcanzaron fama mundial. Frágil y absurda excusa es ésta y por otra parte falaz ya que antes de que se produjese el robo de nuestras obras de arte los pintores sevillanos eran ya famosos y apreciados. En efecto, los expoliadores vinieron a Sevilla con una lista perfectamente configurada de aquellas obras que debía de sustraer. Ciertamente, los encargados de la rapiña habían consultado previamente el Diccionario de Artistas Españoles realizado por Agustín Ceán Bermúdez y editado en 1800. En este texto subrayaron las obras que eran de interés para el museo napoleónico y procedieron sistemáticamente a despojar los lugares donde se encontraban. Interesante es recordar aquí el poco conocido testimonio que de ello ofrece José María Asensio en 1886 en las páginas de su libro sobre Pacheco cuando recoge la narración de cómo en 1810 fue sustraído el cuadro del Juicio Final de dicho artista del convento sevillano de Santa Isabel, en los siguientes términos: "Este magnífico cuadro fue arrancado de su lugar, que era el altar de la iglesia del Convento de Santa Isabel durante la permanencia del Mariscal Soult en Sevilla Informes de un testigo presencial permiten asegurar que el individuo encargado de recogerlo entró en la iglesia llevando en la mano un tomo del Diccionario Histórico de los más Ilustres Profesores de Bellas Artes de Ceán Bermadez y después de examinar el cuadro y leyendo a la vez la descripción, subió al altar y cortó el lienzo con una navajilla".

En numerosas ocasiones y en medios artísticos sevillanos se ha planteado una reclamación internacional para que los cuadros expoliados sean devueltos a Sevilla, tarea sin duda heroica

que se estrellaría contra las normas que rigen este tipo de actuaciones en el pasado que señalan que todo tipo de actuación ilícita con respecto a las obras de arte caducan pasado cien años. Por lo tanto es de lamentar que en nuestros días dicha reclamación no sea factible de ser realizada.

Nos queda tan sólo la esperanza de que tales barbaridades culturales no se vuelvan a repetir y también la satisfacción de que Sevilla haya sido protagonista de un esplendor artístico cuya fama superó con mucho las fronteras de la urbe hispalense alcanzando renombre internacional. Mientras tanto en el Inventario de las pinturas de los cuadros sustraídos por el gobierno intruso en Sevilla en 1810, que con tanto entusiasmo e indignación publicó Gómez Imaz, queda perpetua memoria del infame atropello que en nombre de Napoleón sufrió el patrimonio cultural de esta ciudad.